

GEORGE R. R.
MARTIN

LA CRUZ Y EL DRAGÓN



La Cruz y el Dragón se interna en la espesura de la especulación antropológica y se enfrenta al temible monstruo de la mutación religiosa. Se trata de un relato preciosista en el que se nos describe un grupo de conspiradores encargados de inventarse religiones a lo largo y ancho de la historia y de la galaxia, con supuestas finalidades de estabilidad social y de la lucha de un Inquisidor neocatólico que se topa contra este hecho, cosa que le lleva a perder la fe...

LA CRUZ Y EL DRAGÓN

—Es una herejía —me dijo. Las aguas salobres de la piscina se agitaron suavemente.

—¿Otra más? —Respondí con cansancio—. Hay tantas hoy en día.

Mi Señor Comandante no se sintió complacido por el comentario. Cambió de posición pesadamente, agitando la superficie de la piscina. Una onda rompió contra el borde, bañando los azulejos de la cámara de recepción. Mis botas volvieron a empaparse. Lo acepté con filosofía; me había puesto mis peores botas, consciente de que el mojarme los pies era una de las consecuencias inevitables de visitar a Torgathon Nueve-Klariis Tûn, el mayor de los ka-Thane, y también Arzobispo de Vess, Santísimo Padre de los Cuatro Juramentos, Gran Inquisidor de la Orden Militante de los Caballeros de Jesucristo y consejero de Su Santidad el Papa Daryn XXI de Nueva Roma.

—Aunque existan tantas herejías como estrellas hay en los cielos, Padre, ninguna de ellas deja de ser peligrosa —dijo el arzobispo con solemnidad—. Como Caballeros de Cristo, nuestro sagrado deber es luchar contra todas y cada una. Y debo agregar que esta herejía es particularmente maligna.

—Sí, Señor Comandante —repliqué—. No pretendí desestimarla; le ofrezco mis disculpas. La misión a Finnegan fue agotadora. Había esperado tener una licencia; necesito descanso, un tiempo para meditar y recobrar me.

—¿Descanso? —El arzobispo volvió a moverse en la piscina, apenas un estremecimiento de su inmenso cuerpo, pero bastó para enviar una nueva ola de agua sobre el piso. Los ojos negros, sin pupila, parpadearon al mirarme—. No, Padre, me temo que eso está fuera de discusión. Su habilidad y experiencia son vitales para esta nueva misión. —La voz de bajo profundo se suavizó un poco—. No he tenido tiempo de revisar su informe sobre Finnegan —dijo—. ¿Cómo le fue?

—Muy mal —le dije— aunque creo que al fin prevaleceremos: la Iglesia es poderosa en Finnegan. Cuando nuestros intentos de reconciliación fueron rechazados, deposité unos cuantos estándares en las manos correctas y pudimos clausurar las imprentas y estaciones de radio de los herejes. Nuestros amigos también se aseguraron de que sus acciones legales no prosperaran.

—Eso no es mal —exclamó el arzobispo—. Ha ganado una victoria importante para el Señor y la Iglesia.

—Hubo revueltas, Señor Comandante —dijo—. Murieron más de cien herejes y una docena de los nuestros. Temo que haya más violencia antes de que todo termine. Si nuestros sacerdotes se atreven a entrar en la ciudad donde se desarrolló la herejía, los atacan. Los líderes arriesgan su vida si abandonan la ciudad. Había esperado evitar el odio y el derramamiento de sangre.

—Loable, pero poco realista —dijo el arzobispo Torgathon. Volvió a parpadear y recordé que el parpadear es un signo de impaciencia entre los de su raza—. A veces debe derramarse sangre de mártires, y de herejes también. ¿Qué importancia tiene que un ser pierda la vida si salva su alma?

—Es verdad —concordé. A pesar de su impaciencia, Torgathon se pasaría toda una hora sermoneándome si se lo permitía. La posibilidad me horrorizó. La cámara de recepción no estaba diseñada para el confort de los seres humanos y no quería permanecer allí más de lo necesario. Las paredes estaban mojadas y mohosas, el aire caliente, hú-

medo y cargado con el característico olor a manteca rancia propio de los ka-Thane. El collar de mi sotana me estaba despellejando la nuca, transpiraba como loco, tenía los pies empapados y se me empezaba a revolver el estómago.

Proseguí, pues, con el asunto principal.

—¿Dice usted que esta nueva herejía es especialmente maligna, Señor Comandante?

—Lo es —respondió.

—¿Dónde comenzó?

—En Arion, un mundo a unas tres semanas de distancia de Vess. Un mundo enteramente humano. No puedo entender por qué ustedes, los humanos, se corrompen con tanta facilidad. Una vez que ka-Thane ha alcanzado la fe, jamás la abandonará.

—Eso es bien sabido —repliqué cortésmente. No mencioné que el número de ka-Thane que alcanzaban la fe era insignificante. Eran unos seres lentos, solemnes y la gran mayoría no demostraba interés alguno en aprender otras costumbres que las propias o seguir un credo diferente de su antigua religión. Torgathon Nueve-Klariis Tûn era una anomalía. Figuró en los primeros conversos, casi dos siglos atrás, cuando el Papa Vidas L decretó que los no-humanos podían servir como religiosos. Dada su larga vida y la certeza de hierro de sus creencias, no era extraño que Torgathon hubiera alcanzado el puesto que ocupaba, a pesar del hecho de que menos de un millar de los de su raza lo había seguido a la Iglesia. Todavía le quedaba un siglo de vida. No me cabía duda de que algún día llegaría a ser Torgathon Cardenal Tûn, si aplastaba las suficientes herejías. Los tiempos lo permitían.

—Tenemos una mínima influencia sobre Arion —me estaba diciendo el arzobispo. Movía los brazos mientras hablaba, cuatro pesados garrotes de carne moteada gris-verdosa batiendo el agua, y las ciliats blanquecinas que rodeaban el agujero de respiración vibraban con cada palabra—. Unos cuantos sacerdotes, unas cuantas iglesias, algunos

creyentes, pero carecemos de poder. Los herejes ya nos han sobrepasado en número en ese mundo. Confío en su intelecto, en su astucia: transforme esta calamidad en una oportunidad. Esta herejía es tan evidentemente falsa que no será difícil desprestigiarla. En ese caso tal vez algunos de los engañados regresen al buen camino.

—Cierto —dije—. ¿Y cuál es la naturaleza de la herejía? ¿Qué debo desprestigiar? —Como triste indicación de mi poca fe, debo agregar que en realidad no me importaba. He tratado con tantas herejías, que sus creencias y dudas resuenan en mi cabeza y turban mis sueños. ¿Cómo puedo estar seguro de mi propia fe? El edicto que admitía a Torgathon en la Iglesia había provocado que media docena de mundos repudiaran al Obispo de Nueva Roma, y aquellos que habían elegido ese camino verían seguramente como una horrible herejía el creciente poder del macizo extraterrestre desnudo (excepto por su collar de clérigo), que flotaba ante mí y blandía la autoridad de la Iglesia con sus cuatro enormes manos palmeadas. El Cristianismo es la religión humana más difundida, pero eso no significa demasiado. Los no cristianos nos sobrepasan cinco a uno y existen más de setecientas sectas cristianas, algunas casi tan populares como la Única Verdadera Iglesia Católica Interestelar de la Tierra y los Mil Mundos. Incluso el mismo Daryn XXI, aunque poderoso, es solo uno de los siete con derecho a reclamar el título de Papa. Mi propia fe había sido poderosa en otros tiempos, pero me he movido durante tanto tiempo entre herejes y no creyentes que ni siquiera las plegarias ahuyentan mis dudas. Así que no sentí horror sino más bien un súbito interés intelectual cuando el arzobispo me explicó la naturaleza de la herejía de Arion.

—Han hecho un Santo —me dijo—, de Judas Iscariote.

Como miembro más antiguo de los Caballeros Inquisidores, comando mi propio navío, al que he bautizado *La Verdad de Cristo*. Antes de que la nave me fuera asignada, se llamaba *Santo Tomás*, por el apóstol; pero yo creí que un

santo notorio por sus muchas dudas no era el patrono más apropiado para una espacionave enrolada en la lucha contra la herejía. Yo carecía de tareas a bordo de *La Verdad*, pues estaba tripulada por seis hermanos y hermanas de la Orden de San-Cristóbal-El-Que-Viaja-Lejos y capitaneada por una joven que contraté, arrebatándosela a un mercader.

Por lo tanto pude dedicar las tres semanas de viaje desde Vess a Arion a estudiar la Biblia herética, cuya copia me entregara el asesor administrativo del arzobispo. Era un hermoso volumen, grueso, pesado, forrado en cuero oscuro, con las páginas bordeadas de pátina dorada y espléndidas ilustraciones interiores a todo color con diseños holográficos. Un trabajo notable evidentemente realizado por alguien que amaba el arte casi olvidado de la edición artesanal. Los cuadros reproducidos en el interior —cuyos originales se hallaban en las paredes de la Casa de Judas en Arion, supongo— eran obras maestras, aunque blasfemos; con una calidad artística que no desmerecía la de los Tamerwens y RoHallidays que adornan la Gran Catedral de San Juan en Nueva Roma.

En la carátula, el imprimátur del libro indicaba que había sido aprobado por Lukyan Judasson, Primer Académico de la Orden de San Judas Iscariote.

Se llamaba *El Camino de la Cruz y el Dragón*.

Lo leí mientras *La Verdad de Cristo* se deslizaba entre las estrellas; al principio tomé abundantes notas para entender mejor la herejía que debía combatir, pero más tarde me dejé sencillamente absorber por la historia extraña, grotesca y retorcida que narraba. Las palabras del texto poseían pasión, fuerza y poesía.

Y así me encontré por primera vez con la figura sorprendente de San Judas Iscariote, un ser humano complejo, ambicioso, contradictorio y por encima de todo, extraordinario.

Nació de una prostituta en la vieja y fabulosa ciudad-estado de Babilonia el mismo día que el Salvador nació en Belén, y pasó su niñez entre callejones y albañales, vendiendo su cuerpo cuando fue necesario y viviendo de las prostitutas al hacerse mayor. De joven, comenzó a experimentar con la magia negra y antes de los veinte ya era un hábil nigromante. Fue entonces que se convirtió en Judas, el Domador de Dragones, el primer y único hombre que doblegó a su voluntad a la más terrible de las criaturas divinas: el enorme dragón alado de la Vieja Tierra. El libro tenía una maravillosa pintura de Judas en una inmensa y lóbrega caverna, con los ojos llameantes mientras blandía un látigo ardiente para mantener a distancia a un dragón verde-dorado del tamaño de una montaña; una canasta tejida le colgaba del brazo, y la tapa abierta a medias permitía apreciar las diminutas cabezas escamosas de tres pichones de dragón.

Un cuarto bebé dragón le trepaba por la manga. Ese fue el primer capítulo de su vida.

En el segundo, era Judas el Conquistador, Judas el Rey-Dragón, Judas de Babilonia, el Gran Usurpador. Montado en el mayor de sus dragones, con una corona de hierro en la cabeza y una espada en la mano, hizo de Babilonia la capital del imperio más grande que jamás conociera la Vieja Tierra, un reino que se extendía de España hasta la India.

Gobernaba desde un trono con forma de dragón rodeado por los Jardines Colgantes que había hecho construir, y allí se hallaba sentado cuando juzgó a Jesús de Nazareth, el problemático profeta que habían arrastrado a su presencia maniatado y sangrante.

Judas no era un hombre paciente, e hizo sangrar mucho más a Jesús antes de terminar con Él. Y cuando Jesús se negó a responder a sus preguntas, Judas, con desprecio, lo hizo arrojar nuevamente a las calles. Pero primero Judas ordenó a sus guardias que cercenaran las piernas de Cristo. «Curandero —dijo—. Cúrate a ti mismo».

Entonces le llegó el Arrepentimiento, las visiones en la noche; y Judas Iscariote renunció a su corona, a las artes mágicas y a sus riquezas para seguir al hombre al que había lisiado. Despreciado y escarnecido por aquellos que alguna vez tiranizó, Judas se transformó en las Piernas del Señor, y durante un año cargó a Jesús en su espalda llevándolo por todos los rincones del reino que una vez había gobernado.

Cuando Jesús al fin se curó a sí mismo, Judas caminó a su lado y desde ese momento se transformó en el fiel amigo y consejero de Jesús, el primero y principal de los Doce.

Finalmente, Jesús le dio a Judas el don de las lenguas, llamó y santificó a los dragones que Judas había expulsado, y envió a su discípulo en una misión solitaria a través del océano «para llevar Mi Palabra adonde Yo no puedo llegar».

Llegó un día en que el Sol se oscureció a mediodía y el suelo tembló, y Judas hizo girar a los dragones sobre las poderosas alas y voló de regreso por encima de los mares furiosos. Pero cuando llegó a la ciudad de Jerusalén, halló a Cristo muerto en la cruz.

En ese momento su fe tambaleó y durante los tres días siguientes la Gran Ira de Judas fue como una tempestad a través del mundo antiguo. Sus dragones arrasaron el Templo de Jerusalén y expulsaron a la gente de la ciudad y también atacaron los grandes centros de poder en Roma y Babilonia. Cuando halló a los Once restantes y los interrogó y supo cómo el llamado Simón-Pedro había traicionado tres veces al Señor, lo estranguló con sus propias manos y alimentó con su cuerpo a los dragones. Y después envió a esos dragones para que iniciaran incendios en todo el mundo, a modo de piras funerarias para Jesús de Nazareth.

Y Jesús resucitó al tercer día, y Judas lloró, pero sus lágrimas no lograron conmovier la ira de Cristo, porque en su furia asesina había traicionado todas las enseñanzas del Señor.

Así que Jesús hizo regresar a los dragones y apagó los fuegos en todas partes. De sus vientres hizo salir a Pedro y le devolvió la vida y le dio dominio sobre toda la Santa Iglesia.

Después los dragones murieron, todos los dragones en todos los rincones del mundo, porque eran la viva enseña del poder y la sabiduría de Judas Iscariote, que había pecado tanto. Y El le quitó el don de las lenguas y el poder de curar, e incluso la vista, porque Judas había actuado como un hombre ciego (había una hermosa pintura de Judas ciego llorando amargamente sobre los cuerpos de los dragones). Y El le dijo a Judas que por milenios sería recordado solo como el Traidor, y las gentes maldecirían su nombre y todo lo que había hecho sería borrado y olvidado. Pero entonces Cristo, porque Judas lo había amado tanto, le otorgó un don: la vida eterna, para que pudiera viajar, meditar sobre sus pecados, al fin ser perdonado y recién entonces, dejar de existir.

Y ese fue el comienzo del último capítulo en la vida de Judas Iscariote, un capítulo muy largo. El que una vez fuera Rey-Dragón y amigo de Cristo, ahora era tan solo un viajero ciego, exiliado y sin amigos, vagando por los fríos caminos de la Tierra, viviendo incluso cuando las ciudades y las gentes y las cosas que había conocido ya habían muerto. Y Pedro, el primer Papa y su eterno enemigo, difundió a lo largo y ancho del mundo la historia de cómo Judas había vendido a Cristo por treinta monedas de plata, desprestigiándolo de tal manera, que Judas no se atrevió a volver a usar su verdadero nombre. Por un tiempo se llamó a sí mismo el Judío Errante, y después de muchos otros modos más.

Vivió más de mil años, llegó a ser un sacerdote y un curandero y un amigo de los animales, y fue cazado y perseguido cuando la Iglesia fundada por Pedro se volvió abotagada y corrupta. Pero había vivido muchísimo tiempo y por fin alcanzó la sabiduría y un gran sentimiento de paz. Finalmente Jesús vino a él mientras yacía en su largamente pos-

tergado lecho de muerte; y se reconciliaron y Judas lloró una vez más. Y antes de que muriera, Cristo le prometió que El permitiría a unos pocos recordar quién y qué había sido Judas; y que con el paso de los siglos, las nuevas se difundirían hasta que finalmente la Mentira de Pedro fuese destruida y olvidada.

Tal era la vida de San Judas Iscariote, narrada en *El Camino de la Cruz y el Dragón*.

Allí figuraban también sus enseñanzas y los libros apócrifos que supuestamente había escrito.

Cuando cerré el volumen, se lo presté a Arla-k-Bau, capitana de *La Verdad de Cristo*.

Aria era una mujer delgada, pragmática, que no profesaba ninguna fe en particular, aunque yo valoraba sus opiniones. Los otros miembros de la tripulación, los buenos hermanos y hermanas de San Cristóbal, solo harían eco al horror religioso del arzobispo.

—Interesante —dijo Aria cuando me devolvió el libro.

Me reí entre dientes.

—¿Eso es todo?

Se encogió de hombros.

—En conjunto resulta una historia agradable. Más fácil de leer que tu Biblia, Damián, y también más dramática.

—Es verdad —admití—. Pero es absurda. Una maraña increíble de doctrina, escritos apócrifos, mitología, y superstición. Entretenida, sí, sin lugar a dudas. Imaginativa, incluso atrevida. Pero ridícula, ¿no te parece? ¿Cómo podemos creer en dragones? ¿En Cristo sin piernas? ¿En Pedro recompuesto de sus pedazos después de haber sido devorado por cuatro monstruos?

La sonrisa de Aria era burlona.

—¿Acaso es más tonto que creer en el agua transformándose en vino, o Cristo caminando sobre las aguas, o un hombre viviendo en el estómago de una ballena?

Aria se divertía desafiándome. Fue un escándalo cuando seleccioné a un no creyente como capitán, pero era muy

buena en su trabajo y me gustaba tenerla a mi alrededor para que me mantuviera con todos los sentidos alertas. Aria poseía una mente magnífica, y yo valoraba la inteligencia mucho más que la obediencia ciega. Tal vez, en mí, eso representaba un pecado.

—Hay una diferencia —dije.

—¿La hay? —respondió, cortante. Sabía ver detrás de mis máscaras—. Oh, Damián, admítelo. El libro te agradó.

Me aclaré la garganta.

—Despertó mi interés —tuve que aceptar. Tenía que justificarme ante mí mismo—. Sabes bien la clase de material con el que lidio normalmente. Leves y aburridas desviaciones doctrinales, oscuras sutilezas teológicas llevadas más allá de toda proporción, obvias maniobras políticas emprendidas para establecer a un ambicioso obispo planetario como nuevo Santo Padre, o para obtener alguna que otra concesión de Nueva Roma o de Vess. La guerra es interminable, pero las batallas son sucias y aburridas. Me agotan, tanto espiritual, como emocional y psíquicamente. Después me siento exhausto y culpable. —Di un golpecito sobre la cubierta de cuero del libro—. Esto es diferente. La herejía debe ser aplastada, por supuesto, pero admito que ansío enfrentarme con este Lukyan Judasson.

—Los trabajos artísticos también son adorables —dijo Aria, hojeando las páginas de *El Camino de la Cruz y el Dragón* y deteniéndose para estudiar una reproducción especialmente llamativa. Creo que era la de Judas llorando sobre sus dragones. Me hizo sonreír el pensar que la había impactado tanto como a mí. Pero entonces fruncí el ceño: ese fue el primer indicio de las dificultades que me acechaban.

Y así fue cómo *La verdad de Cristo* llegó a la ciudad de porcelana de Ammadon, en el planeta Arion, donde había sentado sus cuarteles la Orden de San Judas Iscariote.

Arion era un mundo agradable y gentil, habitado desde hacía tres siglos. Tenía una población de menos de nueve

millones; Ammadon, la única verdadera ciudad, era el hogar de dos de esos millones. El nivel tecnológico era bastante alto, basado principalmente en las importaciones. Arion poseía muy pocas industrias y no era un mundo afecto a las innovaciones, excepto tal vez por sus actividades artísticas. Las artes eran muy importantes, florecientes y vitales. La libertad de cultos era un precepto básico de la comunidad, pero Arion no era exactamente un planeta religioso, y la mayoría de los habitantes vivían plácidas vidas seglares. La religión más popular era el Esteticismo, que no es precisamente una religión. Había también Taoístas, Enkanistas, Antiguos Cristianos Verdaderos, e Hijos del Soñador así como una docena o más de sectas menores.

Y finalmente había nueve iglesias de la Única Verdadera Fe Católica Interestelar.

Había habido doce.

Las tres que faltaban eran ahora casas dedicadas a la Fe que estaba creciendo con mayor rapidez en Arion, la Orden de San Judas Iscariote, que también había erigido una docena de nuevas iglesias propias.

El obispo de Arion era un hombre oscuro y severo, de cortos cabellos negros, que no demostraba sentirse muy feliz de verme.

—¡Damián Har Veris! —Exclamó asombrado cuando aparecí en su residencia—. Hemos oído hablar de usted, por supuesto, pero jamás se me ocurrió que lo conocería o lo tendría como huésped. Contamos con muy pocos fieles en este planeta...

—Y cada vez son menos —dije—. Un asunto que preocupa al Señor Comandante, el Arzobispo Torgathon. Apparentemente, usted no está tan preocupado, Excelencia, ya que no consideró adecuado informar sobre las actividades de esta secta de adoradores de Judas.

Se sintió ofendido ante mi reprimenda, pero se tragó la ira con rapidez: hasta un obispo tiene motivos para temer a un Caballero Inquisidor.

—Estamos preocupados, por supuesto —dijo—. Hacemos lo que podemos para combatir la herejía. Si usted puede brindarnos consejos que nos ayuden, los escucharé agradecido.

—Soy un Inquisidor de la Orden Militante de los Caballeros de Jesucristo —le respondí bruscamente—. No doy consejos, Excelencia. Yo actúo. Por eso fui enviado a Arion, y eso es lo que haré. Ahora, dígame todo lo que sabe sobre esta herejía y su Primer Académico, el tal Lukyan Judason.

—Por supuesto, Padre Damián —comenzó el obispo.

Indicó a un sirviente que trajera una bandeja con vino y queso, y comenzó a resumir la corta pero explosiva historia del culto a Judas. Lo escuché mientras me lustraba las uñas en la solapa carmesí del chaleco hasta que la pintura negra relumbró con luz propia, interrumpiendo de tanto en tanto al obispo con alguna pregunta. Antes de que hubiera llegado a la mitad de su exposición, ya me había decidido a visitar personalmente a Lukyan. Me pareció el curso de acción más apropiado.

Y es lo que había deseado hacer desde un principio.

Las apariencias eran importantes en Arion, me dijeron, de modo que considere necesario impresionar a Lukyan con mi presencia y mi jerarquía. Calcé mis mejores botas, elegantes botas hechas a mano de oscuro cuero Romano que nunca habían visto el interior de la cámara de recepción de Torgathon, y llevé un severo traje negro con solapas borgoña y collar almidonado. De mi cuello pendí un espléndido crucifijo de oro puro; el alfiler de corbata era una espada también de oro, la enseña de los Caballeros Inquisidores. El Hermano Dennis me pintó las uñas con todo cuidado, de un negro semejantes al ébano, me oscureció los ojos y me cubrió el rostro con un fino polvo blanco. Cuando miré hacia el espejo, me asusté de mí mismo. Sonreí, pero brevemente: arruinaba el efecto.

Fui caminando hasta la Casa de San Judas Iscariote. Las calles de Ammadon, amplias, espaciosas, doradas, estaban flanqueadas por árboles escarlata llamados Susurros-Al-Viento, ya que las largas frondas colgantes parecían en efecto susurrar secretos a la gentil brisa. La hermana Judith me acompañaba. Es una mujer pequeña, de aspecto frágil incluso, vestida con las túnicas y capuchas de la Orden de San Cristóbal. Con su cara mansa y buena, los ojos grandes, jóvenes e inocentes, me es de gran ayuda. Ya ha matado cuatro veces a aquellos que intentaron asaltarme.

La Casa propiamente dicha era de construcción reciente. Amplia y majestuosa, se erguía entre jardines de pequeñas flores brillantes y mares de césped dorado, y los jardines estaban rodeados por una elevada muralla. Tanto la pared que rodeaba la propiedad como el exterior del edificio mismo estaban cubiertos con murales. Reconocí unos pocos por haberlos visto en *El Camino de la Cruz y el Dragón*, y me detuve a admirarlos antes de cruzar la entrada principal. Nadie trató de detenernos. No había guardias, ni siquiera una recepcionista. Dentro de las murallas, hombres y mujeres paseaban lánguidamente en medio de las flores, o se sentaban en bancos bajo los árboles llamados Corteza-de-Plata o los Susurros-Al-Viento.

La hermana Judith y yo nos detuvimos un instante, para luego dirigirnos directamente hacia la casa propiamente dicha.

Apenas habíamos empezado a subir los escalones cuando un hombre apareció desde el interior; se quedó esperándonos en el umbral. Era gordo y rubio, con una inmensa barba hirsuta enmarcando una lenta sonrisa. Vestía una túnica liviana que le llegaba a los pies enfundados en sandalias. La túnica estaba bordada con las figuras de un dragón que transportaba la silueta de un hombre con una cruz en la mano.

Cuando llegué al tope de las escaleras, el hombre se inclinó ante mí.